

LA HUIDA

JOAQUÍN JOSÉ DE PAZ

Está mirando la venda empapada que cubre su muslo. Un viejo trozo de camisa desgarrada que apenas basta para cubrir los tres impactos de disparo en su cuerpo. Intenta olvidar el que surcó su mejilla, descarnándola; incluso el codo inexistente, los huesos dislocados del brazo; lo que no puede olvidar es una tenaz sensación de dolor y quemazón en la pierna.

A cada paso que da Pedro *El Chusco*, el más respetado y fiero lugarteniente del temido Girón, siente un borbotoneo caliente bajo el sucio trapo de polvo y rojo.

Han pasado quince horas desde la traición, desde que alguien lo delató; pero él sabe quién es; piensa en cómo ajustarle las cuentas mientras continúa su carrera desbocada contra el tiempo, contra la patrulla de la Guardia Civil que lo persigue tras sorprenderlo en un pajaro de La Baña.

El agotamiento y el desánimo hacen presa en *El Chusco*. Al punzante dolor de la pierna se unen el brazo y la mejilla en coro lacerante. La suave brisa del anochecer le aconseja buscar refugio; la noche montañesa no es acogedora para nadie y menos para un moribundo.

Desorientado, consigue acurrucarse en una bocamina de Wolframio, vieja y abandonada - como él - a su suerte de tiempo que nunca será ya mejor. El color herrumbroso de la galería se funde tenuemente en exuberante verde pardo de retamas y arbustos teñidos por el agónico rayo del ocaso.

El sueño vence sus vanas esperanzas de huida. Sabe que está muerto y no le importa morir durmiendo. Las pesadillas, que se suceden atropelladamente, se transforman en una lánguida cadena de susurros oníricos. Su niñez y adolescencia en las frías parameras somozanas; sus amaneceres mirando el Monte Sagrado del teleno; su despertar al amor en los lujuriosos brazos de Manuela; la derrota - su derrota - en la Guerra Civil; el día que conoció a Girón; sus amores y paseos con

Mariflor, cuando ya estaba "huido", siempre de fugaces amaneceres y noches incompletas; la entrada en la partida del bandolero; su serena amistad con él; las largas caminatas por los puentes de Malpaso, en las descubiertas a Molinaseca. La fiebre mantiene el sueño en vilo, inquieto, con tenues parpadeos de dueremevela.

Una tibia humedad, un cosquilleo en su mejilla macerada lo desvela; no es un beso ni una caricia de Mariflor como saborea en el sopor del despertar. La lengua áspera de un tejón que lame la costra sangrante de la cara devuelve al *Chusco* a la realidad dolorosa. Está despierto.



TEJEDA

Foto: Pablo Pérez

Un nuevo amanecer, quizás el último de su vida, asoma oblongo en el lecho de antiguos railes y vagonetas de carga del mineral. Ya sabe donde está y es hora de emprender el que ha de ser postrer camino hasta el refugio.

Bordeando una ladera de pendiente pronunciada transcurre un camino cabrero de difícil equilibrio para alguien normal, no par él, permanente y eterno fugitivo desde hace más de tres años. Nada es normal ahora; tampoco él; ni la nítida consciencia de sus heridas, premonición veraz de un rápido final. La antaño archisabida trocha deviene en untorrente de púas de espino, Calvario de arañazos en su

magullado cuerpo de caminante ebrio de muerte.

Cuando consigue penetrar en la espesura de robledos y acebales, junto al gélido arroyo donde habitualmente sacia su sed, el leve rumor del bosque lo consuela. La breve luz, filtrada en mil vástagos de leño, se empapa e ilumina en infinitos colores al contacto de las aguas primerizas e intachables.

La penumbra iridiscente del tejedal apenas permite vislumbrar el informe derrumbe de piedras apiladas que sirve de refugio a Girón y los suyos; es el inexorable paso del tiempo, fiel testigo y presagio final del final que se acerca al *Chusco* y a todos los demás de la partida.

Resurge el griterío de sus tres llagas, restalla en la frente; renacen las ansias de vivir, el deseo de no morir. El breve instante de muerte resplandece por el fugaz rayo furtivo que abrasa el cuerpo tendido del *Chusco*.

Girón, el cabecilla, ordena dar sepultura al compañero desventurado y asentar sobre ella un tronco de

tejo viejo recién caído.

Con el paso de los años el ajado tronco mohoso ha retoñado; tres enhiestos ejemplares de tejo joven, vivos y alimentados por la savia de tierra y sangre, humus del *Chusco*, que hoy no cobijan huidos ni bandoleros.

Quizás algún joven tejón se nutra de las bellas drupas rojas y se solace bajo las acículas perennes de la intrincada y sorprendente selva olvidada.